

verla avanzar hacia él, que estaba pálida y que tenía ojeras violáceas bajo los ojos oscuros. Al momento se encontró en sus brazos.

—¡Oh, Rúpert! ¡Rúpert!—sollozó. —Ayer... ayer por la mañana... murió tu padre.

III

EL primer efecto de las malas noticias, como el primer efecto de un golpe fuerte, es casi siempre el aturdimiento. Sólo después viene a saberse el estrago que han causado. Tras una primera y rápida ojeada al rostro de su madre, Rúpert apretó su mejilla contra la de ella. No quería mirarla a los ojos. Por varios momentos permanecieron así, Rúpert con los brazos ceñidos alrededor de su madre, mientras miraba sin ver, como deslumbrado, por encima de su hombro. Después de un rato se dió cuenta de que estaba mirando algo y vió que era una gorda gallina del vecindario que vagaba por el campo, balanceando la cabeza inquisitivamente, como buscando que comer.

—Ven, mamá,—dijo al fin, sencillamente, y la siguió al interior de la casa, en silencio. La mujer a quien había visto en la ventana se les reunió en la sala. Tenía puesto ahora el sombrero.

—Mrs. Crócker,—dijo con tono bondadoso,—no me quedo más tiempo en vista de que ya tiene usted a su hijo en casa; pero vendré por la mañana temprano, por lo que pueda ofrecerse.

—Muy bien, Mrs. Doyle, muchas gracias,—contestó su madre.—Ha sido usted muy bondadosa al venir a acompañarme.

La mujer se volvió hacia Rúpert y le habló gravemente:

—Es un triste regreso el que usted ha tenido, joven; y siento que haya perdido tan buen padre.—Se detuvo un segundo. Luego, tomándole la mano y apretándosela con fuerza, agregó en voz baja:—Tal vez le haga falta algún día.

Cuando cerró la puerta tras ella se detuvo con la mano en la manecilla.

—¿Te acuerdas de Mrs. Doyle, Rúpert?—preguntó su madre.—Vive allí al lado desde... desde mucho antes de que te fueras.

—Sí, mamá;—contestó distraído. Preguntábase qué habría querido decirle con aquello de «tal vez le haga falta algún día». ¿Opinaba acaso como ella toda la ciudad que él era un alfeñique?

Vino luego el relato de la enfermedad de su padre y algunas preguntas acerca de su

propia salud. Después madre e hijo guardaron silencio. Tenían muy poco que decirse. Por último su madre le anunció que su cuarto estaba listo y que ella iba a preparar la comida. Él se marchó silenciosamente escaleras arriba.

El aposento de su padre estaba en el segundo piso; y tenía la puerta significativamente cerrada. No entró.

Su propio cuarto estaba en el tercer piso. Había sido suyo desde que estuvo bastante crecido para dormir solo, y mientras subía las escaleras recordó cómo su padre acostumbraba llamarlo por las mañanas desde el pie de la escalera.—«¡Ooh! ¡hijo!»—era como lo llamaba siempre.

La comida fué tétrica. Su madre había preparado molletes de maíz, que sabía le gustaban mucho, y él se atracó de ellos, mientras su madre, sin probar casi la comida, permanecía sentada frente a él. Cuando terminaron, la ayudó a llevar los platos a la cocina. Nunca habían tenido criada, y aunque hacía años que había pasado para ellos la época en que la falta de dinero les impedía tenerla, Ráchel Crócker prefería hacer, ella misma, los oficios domésticos y dirigir su casa, como su esposo había dirigido la fábrica, sin que nadie la contradijera. Mientras preparaba el agua para los platos Rúpert permaneció a su lado cohibido; y fué ella quien lo sacó de su embarazo diciéndole:

—Rúpert, desearía que buscaras un papel que debe estar en el escritorio de tu padre. Es el título del terreno de la familia en el cementerio. El empresario de entierros lo pidió esta mañana.

Fué él a la pequeña sala de lectura de su padre, y, al abrir la puerta y encender la luz, los objetos familiares parecieron salir a su encuentro, despertando memorias de tiempo atrás olvidadas. Todo evocaba a su padre. Era aquél el único aposento de la casa que su madre no trató de arreglar nunca. Allí estaba, ante el escritorio, el viejo y gastado sillón de cuero; casi

podía ver a su padre sentado allí ahora; allí estaba, sobre la repisa de la chimenea, la pipa de su padre. El reloj sobre la chimenea, se había parado y recordó que era su padre quien le daba cuerda siempre.

Al abrir la gaveta del escritorio, contuvo el aliento. Adentro todo estaba colocado en orden, de una manera rudimentaria, y todo hablaba de su padre. Había unos enseres de pesca, y la memoria de Rúpert retrocedió a aquellas tardes del sábado en que, de niño, acompañaba a su padre cuando iba a pescar. Eso fué antes de que se alejaran uno de otro.

Había, además, una multitud de cartas, atadas, con seguridad pero con torpeza masculina, en un haz abultado. Las miró con curiosidad. Estaban dirigidas a su padre con letra de su madre; y echando una ojeada a la fecha de los sobres, hizo un cálculo rápido: eran anteriores a su matrimonio. Por primera vez pensó Rúpert en la vida de su padre antes de que él viniera al mundo y en la larga unión con su madre. Agresivo, dominador, impaciente, su padre había sido impetuoso y violento entre los hombres, y había tratado a su hijo como a un hombre. Solamente a su esposa, tan serena y visiblemente sumisa, había demostrado tosca y embelesada ternura. Nunca comprendió su delicada reserva, y quizás por la misma razón nunca comprendió a su hijo. Más entendía de hombres hechos y derechos, y de hierro y acero.

Detrás de las cartas Rúpert encontró un envoltorio de papel de seda. Cierta vago recuerdo lo indujo a abrirlo. Contenía un pequeño bosquejo que Rúpert mismo había hecho cuando apenas tenía ocho años. Ahora recordaba que lo trajo orgullosamente de la escuela y se lo ofreció a su padre como regalo de cumpleaños.

—Papá,—díjole,—yo voy a ser un artista. Mi dibujo fué el mejor de la clase... Si tú pudieras ser el mejor del mundo en algo, ¿qué te gustaría más ser: el mejor tirador, el mejor jinete o el mejor artista?

Los ojos de color azul grisáceo brillaban mientras sostenía apartado en una mano el dibujo infantil, examinándolo con mirada crítica...—Me parece, hijo,—contestó,—que más me gustaría ser el mejor padre». Y luego frunció el ceño enojado, como desaprobando esta repentina manifestación sentimental sin precedente.—Pero tú deseas ser un artista, ¿no es eso?—agregó con sequedad.—Bueno, no podemos hacerte un artista, pero sí podemos ayudarte.

Rúpert comprendió con tris-

€ 500

mensuales regala entre sus clientes la

FERRETERIA

Miguel Macaya y Cía.

en premios de € 50 c/u.

Si el número del tiquete de su compra corresponde a las tres últimas cifras del premio mayor de la lotería, pase por sus cincuenta colones.